

*UN BARCO PARA ISSA*

ROBERT PERIŠIĆ

(Traducción del croata de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek)

I

1. Voces

*Vientecillo veleidoso*

7

Un remolcador de barcos se está cubriendo de herrumbre en la hierba. Más allá, hacia las casas hay cuatro contenedores de basura. Al otro lado del camino se encuentra la fábrica de pescado en conserva abandonada. Solo hay una nubecilla en el cielo, muy lenta. Languidezco bajo el sol abrasador, así descanso. Y entonces oigo a esos dos. Sé que los conozco. Tengo buena memoria, pero se la lleva el viento. Ahora se han sentado abajo, a la sombra.

Tengo buen oído, tan bueno que a veces me oigo a mí mismo entre las hojas. Cuando de repente me doy la vuelta, oigo también los sonidos que arrastro sin querer. Cuando estoy en movimiento, tomando impulso, a veces incluso me confunden estos sonidos, estas voces que acarreo conmigo, que se me enganchan como arrancamoños. Pero la canícula titila sin mi soplo y las oigo claramente.

Ahora me acuerdo de quienes son: un verano alimentaron a una colonia hambrienta, tal vez el año pasado. Están buscándola. Parece que han hallado otra cosa. Hablan sobre algo que ella ha encontrado. Parece muy antiguo, dice en voz baja. ¿Crees?, dice él.

8

Me he acercado y he echado un vistazo. Tengo la sensación de conocer esta monedita, pero mi recuerdo es muy lejano. La ha encontrado detrás del muro, allí entre las malas hierbas, junto a la silla rota.

Entonces un destello me ha venido a la mente. De las profundidades ha emergido un barco entero, podrido hace mucho en el tiempo.

*Desde el otro extremo*

Cuanto más se acercaba al final, mejor recordaba el comienzo.

Hablaba del veneno suave, y del día que había fijado.

Vertió agua en el vino y dijo: No sé por qué, Kalias, ahora me he acordado de cuando dejé a Ēl. ¿Te lo he contado?

No, dijo Kalias.

Arion repetía historias, y también dentro de las historias repetía cosas que ya había dicho. A Kalias eso no lo molestaba porque desde siempre él también hacía lo mismo.

Estaban sentados a orillas del mar en medio de la cala, mirando hacia la salida del golfo; a su izquierda, en la ladera, nacía la ciudad.

Sí, una vez abandoné a Ēl, dijo Arion. Fue al principio, cuando vi que me acostumbraba a él. Y no quería acostumbrarme.

Ocurrió cuando acabé mi guerra.

Entonces me di cuenta de que no sabía adónde regresar. Durante mucho tiempo no se me había planteado esta cuestión, pero entonces, surgió: ¿dónde está mi hogar?

Algo había en el hecho de que le tomé cariño a Ēl, algo que me confundía, algo que no había previsto. Como si yo estuviera cambiando. Pero yo no quería ser diferente.

No era mi voluntad. Querer a Ēl, me desquiciaba, ansiaba desprenderme de esa sensación. ¿Para qué me hacía falta tener que cuidar de alguien? Si tenía hambre, dónde estaba, me preocupaba, y no que quería preocuparme. No tenía nada que ver conmigo, era como un amor por una vieja señora, pensé. Y tampoco hubiera dicho en aquel momento que amaba a Ēl, sino algo como: mira a este animalejo como me está tomando el pelo. Precisamente como si me obligara a tomarle cariño, como si me hubiera embaucado.

Y entonces corté. Me fui y lo abandoné. Lo dejé al cuidado de una mujer mayor en Siracusa y le di dinero para que lo alimentara.

Sabía, mientras le entregaba el dinero, que se compraría alimentos para sí misma, y tal vez liquidaría algunas de sus deudas porque era muy pobre. Pero contaba con que siempre le diera algo de comer porque era una mujer buena.

Lo único que yo deseaba, Kalias, era continuar mi camino.

Entonces me fui a mi polis natal; a Taranto. Es una colonia establecida hace mucho tiempo igual que Siracusa. ¿Has oído hablar de Taranto, Kalias? ¿Te he contado ya algo o no?

Taranto es una colonia de Esparta, la única que fundaron los espartanos. Era muy particular esta colonia nuestra. Allí los espartanos enviaban a los niños de sus soldados mercenarios, hijos que las espartanas tenían con los extranjeros. Estos extranjeros vivían en Esparta y combatían por Esparta, pero los espartanos no les concedían la ciudadanía ni tampoco a sus descendientes.

Había muchos extranjeros, y suficientes hijos suyos para que se estableciera Taranto. Nunca antes ni después Esparta fundó otra colonia salvo la nuestra. No le interesaba tener colonias sino deshacerse de nosotros. No obstante, crearon una colonia para nosotros, una *apoikia*, una casa lejos de casa, para que todo resultara más fácil. He aquí lo que es una colonia, Kalias.

Tampoco las cosas son diferentes aquí en Issa, todos sobrábamos en Siracusa. Igual que aquellos que enviaron a Ancona. Alguno molestaba a Dionisio, alguno era demócrata, o soldado veterano que gruñía descontento, o pitagórico, o de la taciturna familia de un traidor, o era la quejicosa hermana de un combatiente muerto. O cualquiera a quien no se podía comprar y entonces ¿por qué no venderlo?

Y luego los indecisos, como tú, Kalias.

Solo que en Taranto todo estaba claro. Los espartanos no ocultaban nada porque ellos son como los atletas: no tienen ni tiempo ni paciencia para inventarse cosas.

Cuando yo nací, Taranto ya se había vuelto poderosa, aunque no se sabía exactamente quienes éramos, sino solo que no éramos los que deberíamos haber sido. Eso creaba una sensación extraña, eso de que todos éramos hijos griegos no reconocidos. Y allí donde llegábamos, éramos también extranjeros, éramos griegos.

Extranjeros de extranjeros en una tierra extranjera. Esa era mi polis natal. Así que no es extraño que alguno se dedicara a la filosofía, incluso gente como yo, aunque durante mucho tiempo ignoraba que me dedicaba a ello.

Y, ya lo dije, tuve que volver allí y comprobar algo en Taranto, eso me pareció. Tenía recuerdos de la ciudad, pero eran muy imprecisos.

Mi madre había muerto siendo yo aún muy pequeño, no la recordaba. No la recordaba, al menos en los recuerdos que era capaz de evocar, aunque queda la duda de si eso es todo, porque a veces tenía en sueños la clara impresión de recordarla, y aunque

estos sueños eran más bien bellos que feos, no me gustaban porque al despertar me embargaba una sensación de frío.

Y mi padre se casó con otra mujer, que quizá no era muy buena. Digo quizá, siempre digo quizá, porque no estoy seguro.

¿Era la mujer de mi padre buena? Es lo que me preguntaban. Contestaba que era buena, aunque en realidad no sabía por qué lo decía. Quizá para que no me preguntaran más. ¿De dónde iba saber yo cómo debía ser una mujer? ¿Cómo debía ser la mujer que se desposó con mi padre, con la que tenía otros hijos, mis hermanos? ¿Como iba a saber algo así? Era tal como era, yo no conocía otras. Tal vez incluso era buena, es lo que ella afirmaba. Decía que era demasiado buena. Quizá esto ya podría haber sonado como una advertencia.

A veces solía decir que ya vería yo cómo serían otras si estuvieran en su lugar.

Sonaba a advertencia de que quizá podía marcharse. Pero no se marchaba. Y yo no vi cómo eran otras, de manera que no sabía si era tan buena como decía, y si otras eran mejores.

Así una vez repitió durante la cena: Ya te ibas a enterar tú si estuviera otra aquí, y no yo, que soy demasiado buena.

¿Existe otra?, pregunté entonces a mi padre:

¿Por qué?, inquirió después de un silencio.

Solo para ver cómo es, dije

Él empezó a reírse, realmente se reía en exceso.

Yo no me reía, y tampoco la mujer de mi padre.

Sucedió cuando todavía no entendía que algunas cosas suelen decirse de manera que no te las debes tomar en serio. Decir que debería ver cómo me iba con otra mujer, en realidad, no significaba que debería ver cómo me iba con otra. Solo entonces entendí que lo que la gente dice puede significar lo contrario de lo que se dice. En particular cuando eso lo dice alguien que es bueno. Y lo que dice ni siquiera tiene que serlo. Él es bueno en cuanto habla. Digamos, cuando yo cuento esta historia, tú, Kalias, piensas en el acto que yo en el relato soy bueno.

¿Quién iba a ser bueno en mi historia sino yo?

Ves, merece la pena hablar. Pero, atiende, hay algunos a los que no puedes parar. Ellos hablan y hablan porque piensan que así serán buenos. Solo dales tiempo.

Los que más hablan son los más sospechosos. No obstante, a ellos hasta cierto punto acabas conociéndolos y su mentira te es más cercana que la verdad de los que

callan. El problema de los que callan no es que pudieran inventarse algo, el problema es la verdad, ¿qué pasa con ella? Lo ves por cómo fruncen el ceño cuando piensan. Rara vez un canalla enloquece, mientras que el que se dedica a la verdad, puede enloquecer. Por eso nosotros en la polis preferimos elegir a políticos que mienten, resulta más seguro.

Siempre me ha interesado por qué alguien calla y siempre he estado más del lado de los que callan, quizá porque yo mismo a menudo guardo silencio. Sin embargo, no me creas cuando hablo. Yo, Kalias, en esta historia, hablo sobre todo de mí mismo y eso es muy sospechoso. Porque el «yo» depende de la historia. ¿Sabes?, desde que he llegado a Issa he podido contar mi historia como he querido. Lo he podido hacer porque nadie me conoce.

La gente que te conoce no permite que te liberes del «yo» que se presenta ante ellos siempre de la misma manera.

Y yo siempre me he presentado firme e inquebrantable. Solo he contado historias en las que ofrezco ese aspecto.

Ante las personas que te conocen puedes mentir igual que ante los que no te conocen. Solo que la mentira ante los que te conocen es más profunda. A duras penas se puede salir de ella. En realidad, le dirás con mayor facilidad la verdad a un extraño que pase por la calle incluso aunque mientas un poquito. Puedes mentir hasta sobre tu nombre y que todo lo demás sea verdad. A los que conoces les dices menos la verdad. Ellos te conocen y dicen la verdad sobre ti. Y entonces tú a ellos se lo devuelves. Y existe todo un mundo por encima de la verdad. Es el mundo más increíble, y justo es en el que se vive.